

## LA CADENA

Forjé un eslabón un día  
otro día forjé otro  
y otro.  
De pronto se me juntaron  
—era la cadena— todos.

PEDRO SALINAS

### U N O

**U**N largo silbido avisó en la noche y, sin tiempo por medio, el tren se precipitó en el cambio de agujas enloqueciendo el martilleo de las ruedas.

El tren, con los férreos frenos gritando y venciendo la velocidad, enfiló la vía del segundo andén. Los ruidos y vaivenes fueron amortiguándose.

Y bruscamente, al fijarse, desde la máquina, corrió la sacudida machacona de los topes al estrellarse y plegarse sobre sus muelles.

Como un suspiro, de las tuberías negras y ocultas bajo la armadura de los vagones comenzó a salir un vapor caliente y húmedo que en pocos segundos arropó al tren.

Enrique abrió la puerta del vagón y descendió al andén. Dejó el malecón, y volviendo al escalón alcanzó la manilla de la pesada puerta y la cerró.

Y segundos después, sintió el gemido metálico del tren: al estirarse y ponerse en marcha. La máquina resopló ferozmente lanzando incandescencias por la chimenea. Un vagón que daba la cara del pasillo le iluminó unos instantes. Un rótulo colgante que decía "Valencia-Madrid" pasó despacio a la altura de su cabeza; lo pudo leer. El tren comenzó, gradualmente, a ganar velocidad. El golpe de las ruedas en las juntas de los railes se hizo machacón y por último, la linterna del furgón de cola le bañó unos segundos con su luz roja.



Se volvió. Las luces del edificio de la estación tiraban luz cernida. Cruzó de dos zancadas una vía que se alejaba por la izquierda hasta adentrarse en un barracón de inmensas puertas. Los resoplidos del tren ya eran maquinales, rulados...

Se acercó a la puerta de la casa, y con esfuerzo descifró el nombre de la estación escrito con ladrillos saledizos. Al leer sus piernas se relajaron blandamente, y suspiró decepcionado... Descansó la maleta en el escalón de la puerta, clavó la mirada en el suelo, y acarició involuntariamente la pedrisca suelta arrastrando un pie.

Tosió con desgana.

Un nuevo silbido del tren le llegó débilmente. Lo miró. La luz roja daba guiñadas en la oscuridad. Volvió a fijarse en el nombre de la estación; lo había olvidado. Tomó aire y cerró los ojos con fuerza tratando de comprender lo que le sucedía. El vaho se tornaba blanco.

Se decidió y llamó a la puerta. Y por primera vez desde que bajó del tren sintió frío; dió un respingo.

Repitió la llamada con más fuerza. Al poco se oyó ruido de hierros y la puerta se entreabrió acompañándose de crujir doloroso de sus goznes. Apareció un hombre con la cara sombría y dorada por la luz moribunda del quinqué que llevaba en las manos.

— Buenas noches.

— Buenas.

— Esto es Bodete ¿no?

— Sí, señor.

— Es que me he equivocado de estación. Creí que era Chinchilla. Yo iba durmiendo en el tren ese, en el que acaba de pasar, y me despertaron diciéndome... Quería enlazar con el de Madrid-Cartagena.

— Pues mal arreglo tiene usted... aquí...

— ¿A qué hora pasa el próximo tren para allá —dijo Enrique señalando con su mano derecha—

— A las siete y media de la mañana.

Quedaron en silencio unos instantes. Se miraron buscándose los ojos...

— Si quiere entrar... Tenemos fuego.

— ¿Y en la otra dirección?

— ¿En aquella?

— Sí, para Alicante.



— A eso de las seis y media pasa el Correo camino de Valencia, pero en La Encina se empalma para Alicante, y de allí habrá autobuses...

— ¿Por el pueblo cruza la carretera general? —preguntó Enrique, rascándose un picor detrás de una oreja.

— Sí, por enmedio.

— ¿A cuánto queda?

— A unos seis kilómetros... pero con buen camino.

— ¿Sabe usted si hay algo abierto a estas horas en el pueblo?

— Un bar. Un bar en que paran muchos camiones —el factor abrió un poco más la puerta— Si quiere quedarse aquí... a esperar. Usted verá...

Enrique a la luz del humeante quinqué reparó en una báscula con unos paquetes enfundados con arpillera y muy atados, que había junto a una puerta.

— El bar queda nada mas salir a la carretera. Según se llega a la iglesia, pues al lado izquierdo. Desde la misma esquina se le vé. En la puerta tiene un pilón de gasolina.

— ¿Tiene algún nombre?

— Le dicen "Bar Galindo". Lo pondrá en algún rincón.

Tras un silencio de compromiso Enrique volvió a preguntar.

— ¿Cuántos kilómetros ha dicho que dista?

— Unos seis o poco menos. A mitad de camino hay una casona con corral. Ya lo verá.

— Bueno, gracias.

— Y no se preocupe que por aquí no hay quien le salga. En esta tierra el que pega sustos prefiere el día.

Enrique no pudo sonreír, y sin añadir palabra recogió el maletín.

— Buenas noches —dijo el factor—.

La puerta se cerró con un golpe duro. Enrique dobló la esquina. Hasta el camino había que bajar un pequeño desnivel. Comenzó a andar con instintivo paso largo.

Rápidamente la estación fue quedando atrás. Cuando se volvió por primera vez para mirarla, su silueta se difuminaba en la noche.

El camino tras ir hacia una hondonada tornaba a levantarse hacia la izquierda. A pesar de la cuesta no acortó la andadura. Cuando recordó sus tiempos de soldado, caminó cantando los pasos. "Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos..." Montó al teso y descubrió en la lejanía unas luces muy distantes entre sí.



La Mancha no enseñaba sus fines en la noche, era más inmensa y profunda que en el día; era como si continuara en la noche.

Apenas si llegaban a dibujarse las escuálidas siluetas de los arbustos nacidos en el linde del camino.

Se llevó la mano libre a la boca y la bañó con vaho. La abrió y cerró confuerza hasta sentir correr la sangre con el mismo calor de siempre.

El camino continuaba ahora recto. Las piedras, lo mismo las picudas y mal terminadas que las gastadas y rodadas le hacían mella en los pies. Balanceó con fuerza el brazo libre y sintió como los tirones le empujaban, como le alegraban el paso. Volvió a contarlos.

— Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos...

Al pasar el segundo mojón blanco volvió a mirar hacia atrás. Todo el campo estaba sumido en una maciza oscuridad. Sin achicar el paso y sin cambiar de mano el maletín llegó hasta la casona cercana al tercer pilón.

El ladrido frío y roto de un perro le llegó largo. Al pasar por delante de la casa, mirando a la barda blanca y entredientes, dijo:

— Cabrón.

Los aullidos del perro, de cuando en cuando, ayudados por alguna racha de viento le alcanzaron hasta cerca del siguiente pilón.

Se palpó la cara y se la encontró dura y fría, y con barba punzante. En los labios, el pellejo se levantaba seco y recortado con descuido.

Montó otra loma. Desde allí pudo ver la lejana lucecilla de la estación, y delante de él, a gran distancia, las luces movedizas de los camiones y automóviles que señalaban la caprichosa línea de la carretera.

Se detuvo. Se alzó los pantalones hasta el talle y se ajustó un ojete el cinturón. Las frías manos estaban duras, como callosas. Los dedos de la mano izquierda, de llevar el maletín, estaban agarrotados y pegadizos entre sí. Los extendió poco a poco, como si tuviera miedo a que se quebrasen por los nudillos.

Continuó andando.

Un paso, otro paso, otro... El susurro de la suela. El crujido de la tierra. La respiración azarada. Las toses sueltas. Las miradas perdidas...

Y tras una guiñada del camino, en lo alto de una lomada, apareció el pueblo. Enrique avivó el paso.

Cuando estuvo entre las dos primeras casas de una angosta callejuela sintió una extraña sensación de silencio. Le envolvió un suave calor con



olor a fiemo que manaba de los bajos. Por las fajas que dejaban algunas ventanas y puertas vió luz; le pareció oír voces.

Caminaba por el centro de la calle, paralelo al reguero encharcado de agua y medio oculto por una capa de paja. Tenía que fijarse donde pisaba para no tropezar con los cagajones y los pequeños charcos de las losas rehundidas.

La calle, unos metros adelante, se abría hasta formar una plaza. Luego se cerraba otra vez y se salía de ella por una calleja oscura que desembocaba en otra plazuela de casadas con gran balconada y con una fuente de cuatro caños y un largo abrevadero para las bestias.

Descansó la maleta sobre un banco de piedra, y midiendo los pasos para caer sobre los pedrejones salientes, se acercó a la fuente y bebió del agua muy fresca. El chorro le bañó una mejilla hasta la oreja. Se limpió con la manga.

En la esquina de una casa que en el balcón central tenía un asta con los cordones dispuestos para la bandera, bajo un foco de luz había un rótulo que decía "Plaza de don Alberto Acevedo Ezcurra". En el otro extremo de la plaza, junto a un muro de pie manchado de aguas rubias y con un ribete de zullas encadenadas y resecas, había un carro con el adral dispuesto para transportar paja.

Tomó el maletín y continuó por la calle. Aparcado hasta rozar con un tope en el muro de la iglesia, había un Citroën. Enrique le acarició un faro al pasar.

Desde la carretera consultó la hora del reloj de la torre de la iglesia. Miró a ambos lados y al cielo que continuaba negro y con pocas estrellas. Encontró la luz del bar y la lucecilla que anunciaba el pilón de gasolina. La carretera estaba desierta.

Se llegó hasta el bar "Galindo", y entró.

— Buenas noches.

Julio, que estaba sentado en una silla de respaldo de cuerdas trenzadas y que se templaba una mano con el calor del brasero mientras que con la otra sostenía una novela, le contempló extrañado durante unos segundos. Enrique vestía camisa parda de botones blancos, chaqueta gris y pantalones que le ceñían las piernas. Era alto y delgado. Las orejas, tan aladas, le rompían la afilada cara. Sus ojos quejosos con la brillante luz de la bombilla, se minimizaron parpadeando sin descanso. El pelo era crespo y brillante.

Dejó la maleta sobre una mesa de mármol.



— Buenas noches, contestó Julio.

— Aquí, me han dicho que suelen parar camiones ¿no?

— Sí, pero con la hora que es,... pocos quedarán por pasar. Hace un rato sí, en su hora.

Enrique se acercó al brasero.

— Es que he venido por el tren.

Julio dejó caer la novela y volvió a mirarle.

— Venía medio dormido y un hombre dijo en voz alta "Chinchilla", y yo, pues miré la hora y como eran las tres y media, sin pensarlo más me tiré del tren. Cuando me di cuenta de lo que pasaba ya no pude subir. No paró ni un minuto. No le pude preguntar a nadie.

— Aquí solo se detiene lo que tarda en dejar el correo y si hay alguien.

— Ya.

Julio se pasó la lengua por los labios resecos.

— He venido a pie.

— ¿A pie? Pues hay un trecho...

— Ya lo creo.

— Usted no conoce la estación de Chinchilla ¿verdad?

— No. Nunca he pasado...

— Tiene muchas luces. Es el empalme de los trenes de Levante con los del Sur, con los de Cartagena.

— Si pilló al que dijo lo de Chinchilla lo descuerno a tortas.

Julio le miró a la cara. Enrique explicó:

— Tiene poca gracia lo que me pasa.

Enrique se sentó en una silla de anea.

— Siéntese en esa otra. Está descolada.

Volvió la silla a su lugar y tomó la vecina. Un camión, que pasó a gran velocidad, hizo trepitar los muros. La colgante bombilla quedó bailando.

— Si se detiene algún camión me podrá acercar a Chinchilla ¿verdad?

— Ya le he dicho antes que a esta hora es difícil. Los camiones suelen pasar a eso de las dos o antes...

— Si llego a tiempo a Chinchilla podré coger el que viene de Madrid.

Enrique calló. Julio había vuelto a la novela. Poco después añadió:

— ¿Me pone un café?

Julio, sin decir una palabra, pasó bajo la tabla y entró en el mostrador. Preparó el café.

— ¿Tiene sifón?



— Sifón.

— Póngame unas gotas, haga el favor.

Enrique se levantó y tomó el café en la barra.

— Y si no encuentro ningún camión ¿qué puedo hacer?

— Eso... Desde luego si quiere pillar al que viene de Madrid la única solución que tiene es decirle al Baldomero que le acerque a Chinchilla, cosa que se me antoja difícil. Con el taxi es lo único que le queda.

— ¿Será muy caro?

— No creo yo...

— ¿El taxi es ese que hay junto a la iglesia?

— No, ese es el del médico. Lo deja siempre en la calle para adelantar por si le avisan para algún parto o cosa que sea de prisa. Baldomero vive más allá.

— ¿Y dice que no es caro?

— Yo creo que no. Vive pasando la calle de la iglesia, en la que está el coche de don Justo. Seguido hay una casa en construcción, pues la puerta vecina. Es una casa de planta baja. Solo tiene una ventana y una puerta.

— Pasando la casa en obras, la primera.

— Venga, se lo diré desde la puerta.

Enrique apuró el dedo que quedaba de café, y salió con Julio hasta la puerta. El bramido pistoneante de un camión les llegó amenazador por sus espaldas. Le dejaron pasar y perderse de vista, y Julio indicó la casa de Baldomero con el dedo índice.

— El maletín lo he dejado sobre una mesa.

— No tenga cuidado.

Se llegó hasta la casa del taxista, y junto a la ventana, con el puño alzado, dudó y retuvo el primer golpe. Pero segundos más tarde llamó con los nudillos en la contraventana de madera. Llamó por segunda vez. Al poco, dentro, saltaron unos ruidos metálicos, y se abrió la ventana.

Una voz grave preguntó:

— ¿El taxista?

— Sí, dígame.

— Es para saber si puede hacer un viaje a Chinchilla.

— ¿En este momento?

— Sí.

— ¿Qué hora es?

— Van a dar las cinco.



— ¿Las cinco? Entonces no puede ser. A eso de las seis tengo que llevar al personal del pueblo a la estación y recoger la saca del Correo.

Enrique bajó la cabeza y clavó la vista en la acera. Le vino un regusto del estómago y eructó los gases del sifón.

— ¿Entonces?

— ¿Qué quiere que haga? No puedo.

— No. Nada. Perdone.

Baldomero cerró la ventana dando un pequeño golpe.

Enrique, sin prisa, meditando, volvió al café.

## O T R O

El resuello de la mujer le llegaba como de una de las rinconeras de la habitación.

Desde los golpes en la ventana le era imposible dormir; aunque procuraba dejar la mente en blanco el sueño no prendía. El tiempo muerto, dominándole, alargándose hasta la destemplanza, había terminado por espabilarle y hacerle incómoda cualquier postura. Así que cuando le vino la idea del tabaco se decidió; soltó aire zumbón por las narices, y con cuidado, sacó los pies de las arrebujadas sábanas y apartando de encima la frazada; quedó sentado sobre el tablón.

Carraspeó la garganta seca y cruda.

Las losetas le pasaron un frío a los pies que como una onda montó hasta el tronco. Contrajo los párpados con viveza y pulsó los brazos. Se rascó la pelumbreira del pecho, y descansando volvió a soltar aire con fuerza, ruidosamente. Paseó la lengua por los escalonados y desiguales dientes y tragó saliva engordada con gusto a sueño.

La habitación estaba templada y por la faja abierta entre la ventana y el cuartillo entraba la claridad de la bombilla que se balanceaba sobre el centro de la calle. La faja de luz cortaba el cuadro que guardaba la fotografía de sus padres.

La cama gemía a cada movimiento. El ambiente rezumaba un sabor agridulce.

— ¿Qué pasa? —preguntó su mujer medio dormida—.

— No puedo dormir.





El colchón crujía lastimosamente a cada movimiento de la mujer. Por fin, dió media vuelta y quedó durmiendo.

Restregando las palmas de las manos por las piernas se bajó los subidos pliegues de los calzoncillos de lana. Buscó los calcetines bajo la cama, en los aledaños del orinal, y de un tirón se los calzó, y con tiento los montó sobre las patas de los calzoncillos. Se puso en pie, y tanteando la oscuridad con los brazos encontró los pantalones de pana que colgaban sobre el respaldo de una silla. Se los puso con trabajo.

Terminó de vestirse. Se ajustó el reloj en la muñeca y muy despacio, armó un cigarrillo; lo encendió con la llama azulona y menguada del tercer martilleo del mechero. Antes de abrir la puerta se quitó una legaña con un dedo y dijo:

— Si viene alguno que espere. A eso de las seis estaré aquí.

— ¿Dónde vas a estas horas? —acertó a preguntar la mujer—.

— Al café de Galindo. No encuentro el sueño.

Antes de dejar caer el pestillo oyó las protestas del colchón de tiras de corcho y del rendido jergón al nuevo acomodo de su mujer. La puerta de la calle cerraba dejando atrás un pequeño portazo.

Por la carretera marchaba un camión renqueante. Su luz, blanca por un instante, le dió en la cara, dejándole los ojos llenos de una lluvia encendida. Echó a andar con las manos en los bolsillos y el cigarro en la boca. Su paso era corto, sentado. El aire le llevaba el humo del cigarro como en volandas.

Baldomero, delante de la puerta, dió una larga calada al cigarro y se limpió la baba que le manaba por las comisuras.

Las paredes tenían un friso de manises azules y amarillos. La barra de mármol esquizado corría paralela a las ventanas. En el muro, bordeando un espejo que desdibujaba las figuras, había seis poyos de escayola con botellas de licores. En la pared contraria a la puerta colgaban los almanagues; en uno, una muchacha, disfrazada a la griega de épocas pretéritas, se abrazaba cándidamente a una botella de licor anaranjado, en el otro, que anunciaba un coñac, había un toro pastando despreocupado y dos chiquillos asustados subidos a un árbol.

Al salto del pestillo, Julio, que leía su novela apoyado en el mármol, levantó la vista y miró a Baldomero.

— Hoy has madrugado.

— No podía dormir.



Baldomero reparó en Enrique que sentado junto al brasero trataba de dar una cabezada apoyando la barbilla en sus manos.

— ¿Es éste el...?

— Si —dijo Julio—.

— Anda, ponme un café.

Julio colocó de señal en la novela una cucharilla y se fue para la máquina del café.

Baldomeo acercó la silla desarticulada al brasero.

— Baldomero, toma otra que esa está medio rota.

El taxista le zarandó un poco y la silla cedió por sus junturas.

— Esta tenía que estar en el carpintero.

— Ya se la llevará.

— Ponme una copa de coñac.

Julio bajó por segunda vez el brazo de la cafetera y buscó la desnuda botella del coñac de gárrafa.

Enrique se irguió en la silla y contempló a Baldomero. Julio colocó el café en un platillo.

— ¿Es usted el taxista?

— Para servirle.

— Usted perdonará por la molestia, pero es que no tenía otra forma de acercame a Chinchilla. Queía tomar el tren.

— De todas formas hubiéramos llegado tarde.

Enrique calló.

— Baldomero, que ya tienes esto.

Enrique se frotó los ojos y dijo:

— Entonces ¿qué es lo que puedo hacer?

Baldomero bebió un dedo de coñac y dijo:

— ¿A dónde va?

— Tengo que llegar a Alicante y después ya me las compondré.

— Pues lo mejor es que venga conmigo a la estación y desde allí ya... Total falta poco tiempo.

## O T R O

— Ahora en Bodete paramos a tomar un café. ¡Eh!

Angel no respondió.



— Habla algo —dijo Pepe al tiempo que pisaba el acelerador con fuerza—.

— Déjame. ¿Es que vas durmiendo? —añadió Pepe poco mas adelante, mientras que con la mano derecha, estirándola por encima del respaldo, zarandeaba por el hombro a su compañero despertándole.

— ¿Qué? —Dijo Angel con voz velada—.

— ¿Pero es que dormías? —repitió Pepe—.

Con el ruido vibrante y ensordecedor del motor y de las chapas desajustadas no se entendían bien.

— ¿Qué dices?

— ¿Que si dormías?

— Estaba ya en el primer sueño. En el mejor.

— Pareces una marmota.

— Déjame en paz.

— En Bodete paramos a tomar un café.

— ¿Café?

— Te hará bien, ya verás.

En el cuadro de mandos, junto al cuenta kilómetros, lucía una minúscula bombilla verde. La luz de los focos iluminaba la carretera bien escoltada de pinos enanos.

— ¿Falta mucho?

— Son aquellas luces.

Angel se alzó un poco en el echadero apoyándose en un codo. Sus ojillos acuosos brillaban chispeantes. Dijo:

— Le vienes pegando ¡Eh!

— Echa la cuenta —contestó Pepe con desenfado—.

Angel se sentó, y con tiento pasó los pies entre los respaldos de los asientos. El aire que entraba por la ventana a medio cerrar le refrescaba la cara.

— ¿A que no das en lo que venía pensando?

— Tú dirás.

— Pues que la llave del veinticinco que nos falta se la han tenido que quedar en el garaje de "Los Adeletos", estoy seguro. Venía dándole vueltas aquí, en la mollera, pero no me acordaba nunca de decírtelo, por poco ahora se me pasa otra vez.

El camión, bregando, subía un repecho. Desde la rasante se veían otra vez las luces del pueblo. Un vehículo que viajaba en dirección opuesta le cambió la luz, Pepe tardó unos segundos en darle la réplica. Dijo:



— Sí que se toman prisa éstos.

Al poco se cruzaron. Bajó una palanca y la luz larga volvió a abrir la carretera.

— ¿Dónde estará la manta? —dijo Angel—. Palpando por los pies del hondón la encontró arrebujada. La tomó de una punta y se la echó por la espalda.

— Cierra ahí que me viene frío.

— Deja que respire.

— Cierra, hombre.

— Ahora te pegas un golpe de coñac entre pecho y espalda que verás. Bueno, dí. ¿Y eso de la llave...?

— Si fuera por mí... No sé el empeño que tiene don Adrián para que vayamos allí.

— A la primera ocasión, como pueda, tu verás.

Angel se tendió otra vez sobre la colchoneta de borra, y se cubrió con la manta hasta la cabeza.

— Despiértame cuando lleguemos.

— Tú duermes más que... —dijo Pepe con acento burlón, tornando la cabeza sin perder de vista la carretera—.

— Yo en cambio tengo que dar veinte vueltas... Lo mismo aquí que en mi casa. —Poco más adelante acercó la muñeca izquierda a la lucecilla verde y miró la hora de su reloj.

— ¿Qué hora es?

— Las cinco y media.

Angel que estrellaba su frente contra el morcillo del brazo no añadió ni una palabra más.

Pepe dió el cambio de luces pidiendo paso a un camión cargado con gruesos maderos que marchaba delante suyo. Volvió a repetir las luces, y cambió de velocidad. —Como no te apartes te paso por encima. ¡Qué manos te llevarán!

Llegaron a las primeras casas del pueblo.

— Tú, despierta que estamos ya.

Angel no contestó.

— Pchss... Arriba.

— No me podrás dejar. Ya bajaré.

— ¿No has dicho que te despierte?

— No sé lo que te puede pasar, pero no callas. Ahora mismo venias hablando solo. ¿Es que te duermes?



- ¿Yo?
- Pues...
- ¡Calla ya!

La entrada de Bodete por el lado de Albacete tenía una amplia curva en la que gritaban las ruedas. Seguía recto y subiendo algo hasta la iglesia.

Angel se desembarazó de la manta. Al pasar junto a la torre de la iglesia se fijó en la hora.

Pepe fue reduciendo velocidad, y echándose a la izquierda avanzó hasta detenerse frente a la puerta del "Bar Galindo". Cerró el freno de mano y apagó el contacto.

- Vamos.
- ¿Has dejado puesto los pilotos?
- Si aquí hay luz suficiente.
- Tú ponlos no vaya a ser la mala sombra.

Angel cerró su puerta. El muro de la casa se teñía con los colores verde y rojo de los intermitentes.

- Si te digo la verdad no tengo ganas de tomar nada.
  - Pues yo si, ya lo creo —dijo Pepe, guardándose las llaves—.
- Entraron en el bar.
- Buenas noches.
  - Buenas.
  - Ponme un café bien fuerte —pidió Pepe—.
  - ¿Usted?
  - ¿Yo? Un coñac.

Enrique cambió una mirada con Julio, Baldomero fumaba con la mirada perdida en las cenizas del brasero.

— Si no es indiscreción ¿pueden decirme dónde van? —preguntó Julio desde la cafetera—.

- A Alicante —contestó Pepe—.

Enrique se levantó y se acercó al mostrador.

— ¿No tendrían un rincón para éste? Ha tenido una equivocación con el tren —añadió Julio mientras les servía el café—. Un malentendido.

Los camioneros volvieron la cabeza buscándole.

- ¿A dónde va? —preguntó Pepe—.
- A Alicante, me vendría bien.
- ¿Qué ha sido del tren? —preguntó Angel—.
- Me creí que era Chinchilla.



— ¡Macho!

— Yo es que no conozco esta ruta. No la he hecho nunca.

— Por mí no hay inconveniente —dijo Pepe—.

Baldomero les escuchaba con la cabeza vuelta.

— ¿Qué trae? —dijo Angel, señalando el maletín—.

— Sí.

Angel bebió la copa de un trago y dió un chasquido con la lengua. Tardó un poco en volver la copa al mármol.

— ¿Cuánto es ésto?

— Ya está pagado, —dijo Julio—.

— Dejen, les invito yo —pidió Enrique poniendo cinco duros sobre el mostrador.

Pepe, dando la cara a Angel, sonriendo dijo:

— Nos ha salido bien la parada.

Angel sonrió también.

— Son veinte pesetas.

— Por lo menos ahora vas a tener con quien hablar.

— Yo iba a coger el que viene de Madrid... Bueno, muchas gracias.

— Buen viaje —dijo Baldomero—.

— Adiós.

Subieron al camión. Angel se echó a dormir. Enrique puso el maletín bajo sus piernas. Pepe arrancó el motor.

.....

## O T R O

José María Camacho abrió la puerta del bar sigilosamente y pasó. Julio le sintió cuando la cerraba. Se saludaron con un gesto de cabeza y Camacho fue directo hasta Baldomero, que con las piernas estiradas a ambos lados del brasero, dormitaba. Le dió un golpecillo en el hombro y le dijo:

— Baldomero. Baldomero, despierta. Que se nos va a hacer tarde para el tren.

Baldomero alzó un poco la cabeza y le tiró una mirada esquinada. Aleteó las narices y venteó con fuerza un tiro de aire por las comisuras de los labios. Con calma se enderezó en la silla. Se palpó los riñones y exclamó.

— ¡Diez! ¡Cómo duele ésto!

— Es la postura —dijo Camacho—.



Baldomero miró la hora.

— Que me he acercado a avisarte de la hora.

Baldomero se puso en pie con trabajo. El brasero estaba apagado. Miró por la ventana y vió que amanecía sobre las casas del otro lado de la carretera. Se sentó la chaqueta en los hombros y buscándose las llaves por los bolsillos del pantalón, dijo:

— Vamos.

Julio levantó la mano despidiéndole.

— Hasta pronto —dijo Camacho sosteniendo la puerta con las manos. En la calle añadió: — En vista de que no salías llamé a tu casa y me han dicho que estabas aquí.

Baldomero, por rutina, consultó la hora del reloj de la torre y la comparó con la del suyo y dijo:

— Sobra tiempo.

Las bombillas todavía permanecían iluminadas pero ya no doraban el asfalto. Grandes nubes azulonaz cubrían el cielo.

Una mujer con pañuelo negro a la cabeza y falda caída hasta un palmo del suelo, con las manos entrelazadas sobre el estómago, esperaba junto a tres bultos encordados.

— Buenos días —dijo la mujer—.

— Buenos días.

Baldomero, con una de las llaves que llevaba en la mano abrió el portalón contiguo a su casa. Empujando con todo su peso sobre el radiador sacó el coche, un Ford de voluminosos faros y de color canela, y con muchos años y kilómetros encima.

— ¿Te echo una mano?

— No hace falta. Este lo hace solo si se lo mando.

Pasando un brazo por la ventanilla hizo la maniobra con el volante y lo dejó bien aparcado en la derecha. Echó el freno y sacó la manivela de debajo del asiento delantero. A la quinta pedalada el motor se puso en marcha. Baldomero, entonces, se precipitó en su asiento y aceleró con fuerza repetidas veces. Lo dejó en relentín.

— Venga. Vamos por los paquetes —y señalando el más grande dijo:

— Ese tiene que ir en la baca. Tú, Camacho, agarra de ahí. ¿Pesa mucho?

— Regular.

— Tira. Arriba.

— Si. Eso en la maleta.



Sujetó el bulto a la baca con un pulpo de goma que terminaba en garfios.

— Tu mujer que vaya atrás, y tu delante conmigo. Tenemos que recoger todavía al hermano del Ortega y a su mujer.

Subieron. Baldomero aceleró con brio un par de veces y arrancó suavemente.

— ¿Sabes que me ha quedado dolor aquí? —dijo Baldomero con una mano en el costado—. No me explico como he podido quedarme dormido.

— A mi me ha pasado algunas veces, pero me ataca aquí, en el cuello —dijo Camacho—.

La mujer, en silencio, miraba por su ventanilla y se mantenía sentada sin reclinar la cabeza.

Atravesaron la plaza de don Alberto Acevedo Ezcurra.

— ¿A dónde vais? —preguntó Baldomero—.

— A La Encina, a ver a mi hermana que está enferma.

Antes de llegar al ensanche de la calle, se detuvieron en el centro de una bocacalle. Baldomero pulsó dos veces la bocina. Una persiana de una casa cercana se separó, y pegándose a la pared salieron cuatro personas; dos mujeres y dos hombres. Los hombres acercaron las maletas hasta el coche. Baldomero, subido al estribo del automóvil desenganchó las gomas y las colocó junto al bulto de Camacho.

— Los paquetes esos los metéis dentro —dijo Baldomero—.

— Yo misma los llevo encima —contestó la mujer—.

Las mujeres y los hombres se despidieron con abrazos.

Ortega, asomándose por la ventanilla, preguntó:

— ¿Vas tú también?

— A La Encina, poca cosa —contestó Camacho—.

— Escribid cuando lleguéis —recomendó la mujer de Ortega—.

— Sí. —Dijo la mujer—. — Ya escribiremos.

— A ver si hacéis buen viaje.

Baldomero puso en marcha el coche.

— Despedidme de los que veáis.

Salieron del pueblo.

Baldomero sujetaba con fuerza el volante; procuraba conducir las ruedas fuera de los paralelos carriles de la carretera. Ninguno hablaba.

Detrás del coche, en el camino, quedaba una cortina de polvo, espesa y encrespada.





Al llegar a la casona blanca, hacia la mitad del camino, un perro lobo salió corriendo y ladrando. Les acompañó unos cuantos metros pegado a una rueda trasera.

— Si que tiene ganas éste —dijo Camacho—.

El perro quedó plantado en medio del camino; ladrando desesperado. La Mancha, en las blancas horas de la mañana, verdeaba sin límites.

Llegaron a la estación. Subieron la cuestecilla y el coche circulando por la explanada quedó junto al muro, vuelto ya para el camino. Baldomero anunció la llegada con dos largos pitidos.

Abrieron las portezuelas con trabajo, venciendo la resistencia del viento.

— Vamos por los bultos —dijo Baldomero soltando una goma—. Coge por este lado, es mejor.

Las mujeres, pegadas al muro, cerrándose las faldas, se llegaron a la puerta.

Entraron todos. Pedro Ortiz, el factor, indicó:

— Dejad esto aquí mismo.

— Aparta el pie.

— Este va facturado.

— Bueno. ¿Qué ha pasado que venís con el tiempo justo? —preguntó Ortiz—.

— Si te lo digo no lo crees, me he quedado durmiendo en una siltz.

Pasaron a la habitación de la izquierda.

El quinqué, sobre la mesa, tiraba una luz débil y cobriza. Por la rejilla de la estufa a floraba un resplandor rojo. Las caras y los cuerpos se hacían sombríos.

— Baldomero, mañana cuando vengas, me traes mecha para la linterna y acuérdate de que tienes que llevar este despertador para que lo arreglen, que no sé lo que le pasa —dijo Ortiz mientras pasaba al otro lado de la mesa—.

Las mujeres se sentaron en las banquetas. Los hombres quedaron de pie.

— Esto tira poco calor.

— En el pueblo parecía que hacía templanza.

— Entre calles...

— Vamos a ver los billetes, que el tren debe de estar por Escanda —dijo Ortiz, buscando el llavero en un bolsillo que sonaba a calderilla.



Abrió el armario de los billetes; adosados a las hojas y la plancha zaguera se escalonaban los casilleros con los billetes de diversos colores. Se caló las gafas y alzó el quinqué a la altura de su cara. — Ustedes dirán.

— Dos a Valencia.

Ortiz sacó dos billetes y les grabó la fecha y el número del tren en el compostor.

Baldomero sacaba punta a un lapicero con una navaja. Las cuñas de madera caían sobre la estufa; se retorcían al carbonizarse.

— ¿El bulto grande de quién es?

— Mío.

— ¿A dónde van?

— A La Encina.

Ortiz terminó con los billetes y cerró el armario. A sus espaldas, en el muro, en un recuadro negro con dos paralelas hileras de botoncillos cristalinos se iluminó una luz roja. El teléfono, segundos después, sonó ronco. Descolgó.

— Dígame. ¿Qué?... Sí... Sí... ¿Pero se sabe por qué...? Sí... ¿Pero?... Diga. Diga...

Cuando colgó el teléfono se encontró con las miradas interrogantes de todos.

— ¿Qué?

— Que ha descarrilado el tren al salir de la estación de Escanda. Se ha salido la máquina de los railes.

— ¡Madre mia!

— ¿Ha habido desgracias?

— Dice que no. Algún herido habrá... de los que se les vienen los bultos encima.

— Si que.

— ¿Y entonces?

— Pues a esperar.

El teléfono volvió a sonar.

— Diga. Sí... ¿Cuándo podrá ser...? Bueno... —Ortiz colgó y dijo.

— Ya han avisado a Chinchilla. Supongo que lo arreglarán esta mañana... Ustedes tendrán que esperar...

— ¡Qué fatalidad! —dijo Camacho—.



En los gigantescos plátanos del malecón del río, por los rotos botones de sus ramas se asomaban diminutas hojas verdes y amarillentas. La calle se llenaba en aquellos momentos de los ruidos y voces que ya no iban a ceder en toda la mañana. Del río llegaba el murmullo constante y llano de las aguas al saltar la presa de los molinos.

El cielo era azul.

Enrique, que desde que hubo abierto la tienda y quitado los candados de las persianas metálicas de los escaparates, esperaba apoyado en el muro a que apareciese Paco, el dependiente. Al verlo detenerse junto a la acera, sin esperar siquiera a que quitase el contacto de la motocicleta, le dijo:

— Aquí te quedas con esto. Me voy a desayunar.

Paco sonrió e hizo un gesto de consentimiento con la cabeza. Enrique, con las manos en los bolsillos y tateando una cancioncilla, ya se encaminaba hacia el café Oriente, en la manzana vecina.

Se sentó en el taburete del fondo de la barra y saludó a uno de los camareros que secaba unas tazas con un trapo muy blanco:

— Buenos días.

— Hola.

— Ponme un café con leche y un bollo.

— Has estado fuera unos días ¿no? —dijo el camarero—.

— Estuve en Valencia. ¿Tienes por ahí el periódico?

— ¿El periódico? Toma —dijo Mariano sacándolo de debajo del mostrador—. Hoy va a hacer un día de los buenos... ya verás —y señaló con un movimiento de cabeza hacia la puerta—.

— Estando a la sombra. Vamos a ver qué dicen los papeles.

Enrique ...tomó el periódico, grande y embarazoso, y leyó los titulares de la primera página, "Gran tensión entre las fuerzas de la Marina y el Ejército, en Argentina", "La policía con ametralladoras, monta nueva guardia ante las emisoras de Radio y TV de Buenos Aires"... "Atraco a un Banco en Barcelona"... "Egipto y el Iraq, reunidos para intentar una unidad árabe", "Medalla de oro a un inventor español",... y comentó: — Esto trae siempre la misma canción. Pasó una página, en ella venían la crónica de la capital y el capítulo de sucesos, en el que figuraba la siguiente noticia: "Albacete, 7.—El correo de Levante ha descarrilado en la estación de Escanda. No han ocurrido desgracias personales. La vía quedó interceptada.



“El accidente se produjo en el momento en que salía de dicha estación el tren correo que procedente de Madrid se dirigía a Valencia y Alicante. El convoy descarriló al ir a tomar la aguja de salida y pasar por el cruce de vías... Gracias a la poca velocidad con que marchaba el convoy, el maquinista pudo frenar rápidamente. Los viajeros permanecieron en dicha estación en espera de ser transbordados a otros trenes para continuar viaje.

“A poco de recibirse la noticia del accidente, partió de Chinchilla un tren socorro con personal técnico y material adecuado para dejar expeditas las vías.—Cifra”. Tampoco reparó en nada de la cuarta página destinada a la información de los pueblos de la provincia y los anuncios por palabras

Pasó directamente a la página dedicada a los deportes. Y comentó con el camarero, mientras desayunaba, las declaraciones del entrenador del Melilla C. F., que entre otras cosas afirmaba: “Es un partido muy difícil, pero el factor psicológico estará a nuestro favor” y “Mi equipo está jugando bien. Solo perdió en Cádiz y no fue justa la derrota”. Al rato, se despidió y volvió a su tienda, donde ya estaba su padre.

